

El jardinero - Rabindranath Tagore

<https://www.gutenberg.org/cache/epub/6686/pg6686-images.html>

Traducción: Elejandría

## Prefacio

La mayoría de los poemas líricos sobre el amor y la vida cuyas traducciones del bengalí se publican en este libro fueron escritos mucho antes que la serie de poemas religiosos contenidos en el libro titulado *Gitanjali*. Las traducciones no son siempre literales; los originales han sido, en ocasiones, abreviados o parafraseados. Rabindranath Tagore.

---

### 1

EL SIRVIENTE. —¡Ten piedad de tu sirviente, reina mía!

LA REINA. —La asamblea ha terminado y mis sirvientes se han marchado ya. ¿Por qué vienes a estas horas de la noche?

EL SIRVIENTE. —Cuando has terminado con los demás, llega mi momento. Vengo a preguntar qué le queda por hacer a tu último sirviente.

LA REINA. —¿Qué puedes esperar cuando ya es tan tarde?

EL SIRVIENTE. —Hazme el jardinero de tu jardín de flores.

LA REINA. —¿Qué locura es esta?

EL SIRVIENTE. —Abandonaré mis otros oficios. Arrojaré mis espadas y mis lanzas al polvo. No me envíes a cortes lejanas ni me ordenes emprender nuevas conquistas. Hazme, sencillamente, el jardinero de tu jardín de flores.

LA REINA. —¿Y cuáles serán tus obligaciones?

EL SIRVIENTE. —El servicio de tus días ociosos. Mantendré fresco el sendero de hierba por donde paseas al amanecer, donde las flores, ansiosas por morir, saludarán tus pies con alabanzas a cada paso. Te meceré en un columpio entre las ramas de los árboles saptaparna, donde la luna de la primera hora de la tarde luchará entre las hojas por besar la orla de tu vestido. Abasteceré de aceite perfumado la lámpara que arde junto a tu lecho y decoraré tu

escabel con pasta de sándalo y azafrán formando diseños maravillosos.

LA REINA. —¿Y cuál será tu recompensa?

EL SIRVIENTE. —Que se me permita sostener tus pequeños puños, como tiernos capullos de loto, y deslizar cadenas de flores por tus muñecas; teñir las plantas de tus pies con el jugo rojo de los pétalos de ashoka y quitar con un beso la brizna de polvo que el azar haya dejado allí.

LA REINA. —Tus plegarias han sido escuchadas, sirviente mío; serás el jardinero de mi jardín de flores.

## 2

—¡Ah, poeta, se acerca la tarde; tus cabellos se vuelven grises! En tus meditar solitario, ¿escuchas ya el mensaje del más allá?

—Es la tarde —dijo el poeta— y escucho porque alguien puede llamar desde la aldea, por muy tarde que sea. Observo si los corazones jóvenes y errantes se encuentran, y si dos pares de ojos ansiosos ruegan por una música que rompa su silencio y hable por ellos. ¿Quién entonará sus canciones apasionadas si me siento a la orilla de la vida a contemplar la muerte y el más allá?

La primera estrella de la tarde desaparece. El resplandor de una pira funeraria se apaga lentamente junto al río silencioso. Los chacales aúllan a coro desde el patio de la casa abandonada, a la luz de una luna desgastada. Si algún vagabundo, lejos de su hogar, viene aquí a contemplar la noche y, con la cabeza inclinada, escucha el murmullo de la penumbra, ¿quién le susurrará al oído los secretos de la vida si yo, cerrando mis puertas, intentara liberarme de las ligaduras mortales?

Es una nadería que mi cabello se esté volviendo gris. Siempre soy tan joven o tan viejo como el más joven y el más viejo de esta aldea. Algunos tienen sonrisas dulces y sencillas, y otros un brillo astuto en la mirada. Algunos lloran lágrimas que brotan a la luz del día, y otros lágrimas que se ocultan en la oscuridad. Todos tienen necesidad de mí y no tengo tiempo para cavilar sobre la otra vida. Tengo la edad de cada uno de ellos, ¿qué importa si mi cabello se vuelve gris?

### 3

Por la mañana eché mi red al mar. Arrastré desde el oscuro abismo cosas de aspecto extraño y extraña belleza: algunas brillaban como una sonrisa, otras relucían como lágrimas y algunas estaban encendidas como las mejillas de una novia. Cuando regresé a casa con la carga del día, mi amada estaba sentada en el jardín, deshojando ociosamente una flor. Vacilé un instante y luego puse a sus pies todo lo que había extraído y me quedé en silencio. Ella las miró de hito en hito y dijo: «¿Qué cosas tan extrañas son estas? ¡No sé para qué pueden servir!». Incliné la cabeza avergonzado y pensé: «No he luchado por esto, no lo compré en el mercado; no son obsequios dignos de ella». Entonces, durante toda la noche, las fui arrojando una a una a la calle. Por la mañana llegaron los viajeros; las recogieron y se las llevaron a tierras lejanas.

### 4

¡Ay de mí!, ¿por qué habrán construido mi casa junto al camino que lleva al mercado? Amarran sus barcas cargadas cerca de mis árboles. Vienen, van y vagan a su antojo. Me siento a mirarlos y el tiempo se me va. No puedo echarlos. Y así transcurren mis días. Noche y día resuenan sus pasos ante mi puerta. En vano grito: «No os conozco». A algunos los conocen mis dedos, a otros mi olfato, la sangre de mis venas parece conocerlos y a otros los conocen mis sueños. No puedo echarlos. Los llamo y les digo: «Entrad en mi casa quienquiera que lo desee. Sí, entrad». Por la mañana repica la campana del templo. Vienen con sus cestas en las manos. Tienen los pies de un rojo encendido. La primera luz del alba ilumina sus rostros. No puedo echarlos. Los llamo y les digo: «Venid a mi jardín a coger flores. Venid aquí». A mediodía resuena el gong a las puertas del palacio. No sé por qué dejan su trabajo y se demoran junto a mi seto. Las flores de sus cabellos están pálidas y marchitas; las notas de sus flautas son lánguidas. No puedo echarlos. Los llamo y les digo: «La sombra es fresca bajo mis árboles. Venid, amigos».

Por la noche chirrían los grillos en el bosque. ¿Quién es ese que se acerca lentamente a mi puerta y llama con suavidad? Apenas distingo su rostro, no se pronuncia una palabra, la quietud del cielo lo envuelve todo. No puedo echar a mi silencioso huésped. Miro su rostro a través de la oscuridad y transcurren horas de ensueño.

## 5

Estoy inquieto. Siento sed de cosas lejanas. Mi alma sale en un anhelo por tocar la orla de la vaga distancia. ¡Oh, Gran Más Allá, oh, el agudo viaje de tu flauta! Olvido, olvido siempre, que no tengo alas para volar, que estoy atado a este lugar para siempre.

Estoy ansioso y desvelado, soy un extraño en tierra extraña. Tu aliento me llega susurrando una esperanza imposible. Mi corazón conoce tu lengua como si fuera la suya propia. ¡Oh, Tú, tan difícil de encontrar, oh, el agudo viaje de tu flauta! Olvido, olvido siempre, que no conozco el camino, que no poseo el caballo alado.

Estoy indiferente, soy un vagabundo en mi propio corazón. En la neblina soleada de las horas lánguidas, ¡qué vasta visión tuya toma forma en el azul del cielo! ¡Oh, Extremo Más Lejano, oh, el agudo viaje de tu flauta! Olvido, olvido siempre, que las puertas están cerradas en todas partes en esta casa donde habito a solas.

## 6

El pájaro domesticado estaba en una jaula, el pájaro libre estaba en el bosque. Se encontraron cuando llegó el momento; era un decreto del destino. El pájaro libre grita: «¡Oh, amor mío, volemós al bosque!». El pájaro de la jaula susurra: «Ven aquí, vivamos los dos en la jaula». Dice el pájaro libre: «Entre los barrotes, ¿dónde hay sitio para desplegar las alas?». «¡Ay! —exclama el pájaro de la jaula—, yo no sabría dónde posarme en el cielo».

El pájaro libre grita: «Cariño mío, canta las canciones de las arboledas». El pájaro de la jaula dice: «Siéntate a mi lado, te enseñaré el habla de los sabios». El pájaro del bosque grita: «¡No, ah, no! Las canciones nunca se aprenden». El pájaro de la jaula dice: «¡Ay de mí!, no conozco las canciones de las arboledas».

Su amor es intenso, lleno de anhelo, pero nunca podrán volar ala con ala. Miran a través de los barrotes de la jaula, y en vano es su deseo de conocerse. Atezan sus alas con nostalgia y cantan: «¡Acércate más, amor mío!». El pájaro libre grita: «No puede ser, temo las puertas cerradas de la jaula». El pájaro de la jaula susurra: «¡Ay!, mis alas están indefensas y muertas».

## 7

¡Oh, madre, el joven príncipe va a pasar ante nuestra puerta!  
¿Cómo voy a ocuparme de mis tareas esta mañana? Muéstrame cómo trenzarme el cabello; dime qué vestido debo ponerme. ¿Por qué me miras asombrada, madre? Sé muy bien que no levantará la vista ni una sola vez hacia mi ventana; sé que desaparecerá de mi vista en un abrir y cerrar de ojos; solo el eco lejano de su flauta llegará sollozando hasta mí. Pero el joven príncipe pasará ante nuestra puerta y me pondré mis mejores galas para ese instante.  
¡Oh, madre, el joven príncipe pasó ante nuestra puerta y el sol de la mañana destellaba en su carroza! Me aparté el velo del rostro, me arranqué la cadena de rubíes del cuello y la arrojé a su paso. ¿Por qué me miras asombrada, madre? Sé muy bien que no recogió mi cadena; sé que fue aplastada bajo sus ruedas dejando una mancha roja sobre el polvo, y nadie sabe cuál fue mi ofrenda ni a quién iba dirigida. Pero el joven príncipe pasó ante nuestra puerta y yo arrojé la joya de mi pecho a su camino.

## 8

Cuando la lámpara se apagó junto a mi lecho, me desperté con los primeros pájaros. Me senté ante la ventana abierta con una guirnalda fresca sobre mi cabello suelto. El joven viajero avanzaba por el camino entre la bruma rosada de la mañana. Llevaba una cadena de perlas al cuello y los rayos del sol caían sobre su corona. Se detuvo ante mi puerta y me preguntó con un grito ansioso: «¿Dónde está ella?». Por pura vergüenza no pude decirle: «Soy yo, joven viajero, soy yo».

Era el crepúsculo y la lámpara no estaba encendida. Me trenzaba el cabello con desgano. El joven viajero llegó en su carroza bajo el resplandor del sol poniente. Sus caballos espumaban por la boca y había polvo en sus vestiduras. Apeó ante mi puerta y preguntó con voz cansada: «¿Dónde está ella?». Por pura vergüenza no pude decirle: «Soy yo, viajero fatigado, soy yo».

Es una noche de abril. La lámpara arde en mi habitación. La brisa del sur sopla con suavidad. El ruidoso loro duerme en su jaula. Mi corpiño es del color del cuello del pavo real y mi manto es tan verde como la hierba tierna. Me siento en el suelo junto a la ventana, observando la calle desierta. A lo largo de la noche oscura permanezco tarareando: «Soy yo, viajero desesperado, soy yo».

## 9

Cuando voy sola por la noche a mi cita de amor, los pájaros no cantan, el viento no se mueve, las casas a ambos lados de la calle permanecen en silencio. Son mis propias tobilleras las que resuenan con fuerza a cada paso, y me avergüenzo.

Cuando me siento en el balcón a escuchar sus pasos, las hojas no crujen en los árboles y el agua del río está inmóvil, como la espada sobre las rodillas de un centinela que se ha quedado dormido. Es mi propio corazón el que late desbocado; no sé cómo calmarlo.

Cuando mi amado viene y se sienta a mi lado, cuando mi cuerpo tiembla y mis párpados caen, la noche se oscurece, el viento apaga la lámpara y las nubes corren velos sobre las estrellas. Es la joya de mi propio pecho la que brilla y da luz. No sé cómo ocultarla.

## 10

Deja tu trabajo, novia. Escucha, el invitado ha llegado. ¿Oyes? Está agitando suavemente la cadena que asegura la puerta. Procura que tus tobilleras no hagan ruido y que tu paso no sea demasiado apresurado al salir a su encuentro. Deja tu trabajo, novia, el invitado ha llegado al caer la tarde.

No, no es el viento fantasmal, novia, no te asustes. Es la luna llena en una noche de abril; las sombras palidecen en el patio; el cielo

sobre nuestras cabezas está radiante. Cúbrete el rostro con el velo si es necesario, lleva la lámpara a la puerta si tienes miedo. No, no es el viento fantasmal, novia, no te asustes.

No hables con él si eres tímida; quédate a un lado junto a la puerta cuando lo encuentres. Si te hace preguntas, y si así lo deseas, puedes bajar los ojos en silencio. No dejes que tus brazaletes tintineen cuando, lámpara en mano, lo guíes hacia dentro. No hables con él si eres tímida.

¿Aún no has terminado tu trabajo, novia? Escucha, el invitado ha llegado. ¿No has encendido la lámpara en el establo? ¿No has preparado la cesta de las ofrendas para el oficio de la tarde? ¿No te has puesto la marca roja de la buena fortuna en la raya del pelo ni te has arreglado para la noche? ¡Oh, novia!, ¿oyes?, el invitado ha llegado. ¡Deja tu trabajo!

## 11

Ven tal como estás; no te demores en arreglarte. Si tus trenzas se han soltado, si la raya de tu cabello no está derecha, si las cintas de tu corpiño no están abrochadas, no importa. Ven tal como estás; no te demores en arreglarte.

Ven con pasos rápidos sobre la hierba. Si el rocío borra el color rojo de tus pies, si las anillas de los cascabeles de tus tobillos se aflojan, si se caen las perlas de tu collar, no importa. Ven con pasos rápidos sobre la hierba.

¿Ves las nubes envolviendo el cielo? Bandadas de grullas levantan el vuelo desde la otra orilla del río y ráfagas de viento repentinas barren el brezal. El ganado inquieto corre hacia sus establos en la aldea. ¿Ves las nubes envolviendo el cielo?

En vano enciendes la lámpara de tu tocador: parpadea y se apaga con el viento. ¿Quién sabrá si tus párpados no han sido tocados con hollín? Porque tus ojos son más oscuros que las nubes de tormenta. En vano enciendes la lámpara de tu tocador: se apaga.

Ven tal como estás; no te demores en arreglarte. Si la guirnalda no está tejida, a quién le importa; si la cadena de la muñeca no ha sido

enlazada, déjala así. El cielo está cubierto de nubes; es tarde. Ven tal como estás; no te demores en arreglarte.

## 12

Si quieres estar ocupada y llenar tu cántaro, ven, ¡oh, ven a mi lago! El agua se aferrará a tus pies y balbuceará su secreto. La sombra de la lluvia inminente está sobre las arenas, y las nubes cuelgan bajas sobre las líneas azules de los árboles, como el espeso cabello sobre tus cejas. Conozco bien el ritmo de tus pasos, laten en mi corazón. Ven, ¡oh, ven a mi lago, si debes llenar tu cántaro!

Si prefieres estar ociosa, sentarte indiferente y dejar que tu cántaro flote en el agua, ven, ¡oh, ven a mi lago! La ladera de hierba es verde y las flores silvestres son innumerables. Tus pensamientos se escapan de tus ojos oscuros como pájaros de sus nidos. Tu velo caerá hasta tus pies. Ven, ¡oh, ven a mi lago, si has de sentarte ociosa!

Si quieres dejar tus juegos y sumergirte en el agua, ven, ¡oh, ven a mi lago! Deja tu manto azul en la orilla; el agua azul te cubrirá y te ocultará. Las olas se pondrán de puntillas para besar tu cuello y susurrar en tus oídos. Ven, ¡oh, ven a mi lago, si quieres sumergirte en el agua!

Si te volvieses loca y te lanzaras a la muerte, ven, ¡oh, ven a mi lago! Es fresco y de una profundidad insondable. Es oscuro como un sueño sin ensueños. Allí, en sus profundidades, las noches y los días son uno solo, y las canciones son silencio. Ven, ¡oh, ven a mi lago, si quieres entregarte a la muerte!

## 13

No pedí nada, solo me quedé al borde del bosque, detrás del árbol. La languidez pesaba aún sobre los ojos del alba y el rocío flotaba en el aire. El olor perezoso de la hierba húmeda se suspendía en la fina niebla sobre la tierra. Bajo el baniano, ordeñabas la vaca con tus manos, tiernas y frescas como la mantequilla. Y yo permanecía inmóvil.

No dije una palabra. Fue el pájaro el que cantó, invisible desde la espesura. El mango derramaba sus flores sobre el camino de la aldea y las abejas acudían zumbando una a una. Al lado del estanque, la puerta del templo de Shiva se había abierto y el devoto había comenzado sus cánticos. Con la vasija en el regazo, ordeñabas la vaca. Yo estaba allí con mi cántaro vacío. No me acerqué a ti. El cielo despertó con el sonido del gong del templo. El polvo se levantaba en el camino por los cascos del ganado que arreaban. Con los cántaros borboteantes sobre las caderas, las mujeres regresaban del río. Tus brazaletes tintineaban y la espuma rebosaba de la jarra. La mañana avanzaba y yo no me acerqué a ti.

## 14

Caminaba por el camino, no sé por qué, cuando ya había pasado el mediodía y las ramas de bambú crujían al viento. Las sombras tendidas, con sus brazos extendidos, se aferraban a los pies de la luz presurosa. Los koeles estaban cansados de sus cantos.

Caminaba por el camino, no sé por qué.

La cabaña a la orilla del agua está sombreada por un árbol que se inclina sobre ella. Alguien estaba ocupada con sus tareas y sus brazaletes hacían música en un rincón. Me detuve ante esta cabaña, no sé por qué.

El camino estrecho y serpenteante cruza muchos campos de mostaza y muchos bosques de mangos. Pasa junto al templo de la aldea y el mercado en el embarcadero del río. Me detuve junto a esta cabaña, no sé por qué.

Años atrás, era un día de marzo ventoso cuando el murmullo de la primavera era lánguido y las flores de los mangos caían sobre el polvo. El agua rizada saltaba y lamía la vasija de latón que estaba en el escalón del embarcadero. Pienso en aquel día de marzo ventoso, no sé por qué.

Las sombras se hacen más profundas y el ganado regresa a sus corrales. La luz es gris sobre los prados solitarios y los aldeanos

esperan el transbordador en la orilla. Regreso lentamente sobre mis pasos, no sé por qué.

## 15

Corro como un ciervo almizclero corre por la sombra del bosque, loco por su propio perfume. La noche es una noche de mediados de mayo, la brisa es la brisa del sur. Pierdo mi camino y vago, busco lo que no puedo conseguir, consigo lo que no busco.

De mi corazón brota y danza la imagen de mi propio deseo. La visión reluciente pasa de largo. Intento estrecharla con firmeza; me elude y me extravía. Busco lo que no puedo conseguir, consigo lo que no busco.

## 16

Las manos se aferran a las manos y los ojos se demoran en los ojos: así comienza la crónica de nuestros corazones. Es una noche de marzo iluminada por la luna; el dulce olor de la alheña flota en el aire; mi flauta yace olvidada en la tierra y tu guirnalda de flores ha quedado inacabada. Este amor entre tú y yo es sencillo como una canción.

El velo de tu color azafrán embriaga mis ojos. La corona de jazmines que me tejiste estremece mi corazón como una alabanza. Es un juego de dar y retener, de revelar y volver a ocultar; algunas sonrisas, un poco de timidez y dulces y vanos forcejeos. Este amor entre tú y yo es sencillo como una canción.

Ningún misterio más allá del presente; ningún afán por lo imposible; ninguna sombra detrás del encanto; ningún titubeo en las profundidades de la tiniebla. Este amor entre tú y yo es sencillo como una canción.

No nos extraviarnos más allá de las palabras hacia el silencio eterno; no levantamos nuestras manos al vacío por cosas que superan toda esperanza. Nos basta con lo que damos y recibimos. No hemos exprimido la alegría hasta el límite para extraer de ella el vino del dolor. Este amor entre tú y yo es sencillo como una canción.

## 17

El pájaro amarillo canta en su árbol y hace que mi corazón dance de alegría. Ambos vivimos en la misma aldea, y esa es nuestra única dicha. Su par de corderos amaestrados vienen a pastar a la sombra de los árboles de nuestro jardín. Si se extravían en nuestro campo de cebada, los tomo en mis brazos. El nombre de nuestra aldea es Khanjan, y Anjan llaman a nuestro río. Mi nombre lo conoce toda la aldea, y el de ella es Ranjan.

Solo un campo se interpone entre nosotros. Las abejas que han colmenado en nuestro bosquecillo van a buscar miel al suyo. Las flores lanzadas desde los escalones de su embarcadero vienen flotando por la corriente donde nos bañamos. Cestas de flores secas de kusm llegan desde sus campos a nuestro mercado. El nombre de nuestra aldea es Khanjan, y Anjan llaman a nuestro río. Mi nombre lo conoce toda la aldea, y el de ella es Ranjan.

El sendero que serpentea hacia su casa es fragante en primavera con las flores del mango. Cuando su linaza está madura para la cosecha, el cáñamo florece en nuestro campo. Las estrellas que sonríen sobre su cabaña nos envían el mismo parpadeo. La lluvia que inunda su estanque alegra nuestro bosque de kadams. El nombre de nuestra aldea es Khanjan, y Anjan llaman a nuestro río. Mi nombre lo conoce toda la aldea, y el de ella es Ranjan.

## 18

Cuando las dos hermanas van a buscar agua, vienen a este lugar y sonríen. Deben de percatarse de que hay alguien detrás de los árboles cada vez que van a buscar agua.

Las dos hermanas se susurran la una a la otra cuando pasan por este lugar. Deben de haber adivinado el secreto de ese alguien que aguarda detrás de los árboles cada vez que van a buscar agua.

Sus cántaros se ladean de repente y el agua se derrama al llegar a este lugar. Deben de haber descubierto que late el corazón de ese alguien que aguarda detrás de los árboles cada vez que van a buscar agua.

Las dos hermanas se miran de hito en hito al llegar a este lugar y sonríen. Hay una risa en sus pies de pasos rápidos que confunde la mente de ese alguien que aguarda detrás de los árboles cada vez que van a buscar agua.

## 19

Caminabas por el sendero de la orilla del río con el cántaro lleno apoyado en la cadera. ¿Por qué volviste rápidamente el rostro y me miraste de reojo a través de tu velo agitado? Aquella mirada reluciente desde la penumbra cayó sobre mí como una brisa que estremece el agua rizada y huye hacia la orilla sombría. Llegó a mí como el pájaro de la tarde que vuela presuroso a través de una habitación sin lámparas, de una ventana abierta a la otra, y desaparece en la noche. Te ocultas como una estrella detrás de las colinas y yo soy un viandante en el camino. Pero ¿por qué te detuviste un instante y miraste mi rostro a través del velo mientras caminabas por el sendero de la orilla del río con el cántaro lleno apoyado en la cadera?

## 20

Día tras día viene y se marcha. Ve y dale una flor de mi cabello, amiga mía. Si pregunta quién la ha enviado, te ruego que no le digas mi nombre; pues él solo viene y se marcha. Se sienta en el polvo, bajo el árbol. Prepárale allí un asiento con flores y hojas, amiga mía. Sus ojos están tristes, y traen tristeza a mi corazón. No dice lo que guarda en su mente; solo viene y se marcha.

## 21

¿Por qué eligió venir a mi puerta el joven vagabundo al despuntar el día? Cada vez que entro y salgo paso por su lado, y su rostro cautiva mis ojos. No sé si hablarle o mantener el silencio. ¿Por qué eligió venir a mi puerta?

Las noches nubladas de julio son oscuras; el cielo es de un azul suave en otoño; los días de primavera están inquietos por el viento del sur. Él teje sus canciones con melodías nuevas cada vez. Dejo mi trabajo y los ojos se me llenan de bruma. ¿Por qué eligió venir a mi puerta?

## 22

Cuando pasó a mi lado con pasos rápidos, la orla de su falda me rozó. Desde la isla desconocida de un corazón llegó un repentino y cálido aliento de primavera. El aleteo de un roce fugaz me rozó y se desvaneció en un instante, como el pétalo de una flor arrancada que sopla la brisa. Cayó sobre mi corazón como un suspiro de su cuerpo y un susurro de su alma.

## 23

¿Por qué te sientas ahí a hacer tintinear tus brazaletes por puro entretenimiento? Llena tu cántaro. Es hora de que regreses a casa. ¿Por qué agitas el agua con las manos y miras de hito en hito el camino esperando a alguien por puro entretenimiento? Llena tu cántaro y regresa a casa.

Las horas de la mañana transcurren; el agua oscura fluye. Las olas ríen y se susurran entre sí por puro entretenimiento.

Las nubes errantes se han congregado al borde del cielo, en aquella elevación del terreno. Se demoran, miran tu rostro y sonríen por puro entretenimiento. Llena tu cántaro y regresa a casa.

## 24

¡No te guardes el secreto de tu corazón, amiga mía! Dímelo a mí, solo a mí, en secreto. Tú, que sonríes con tanta dulzura, susúrramele korreamente; mi corazón lo escuchará, no mis oídos. La noche es profunda, la casa está en silencio, los nidos de los pájaros están envueltos en el sueño. ¡Háblame a través de lágrimas vacilantes, a través de sonrisas trémulas, a través de la dulce vergüenza y el dolor, el secreto de tu corazón!

## 25

—Ven con nosotros, joven, dinos la verdad: ¿por qué hay locura en tus ojos? —No sé qué vino de amapola silvestre he bebido, que ha traído esta locura a mis ojos. —¡Ah, qué vergüenza! —Bueno, algunos son sabios y otros necios, algunos son cautos y otros descuidados. Hay ojos que sonrían y ojos que lloran, y la locura está en mis ojos.

—Joven, ¿por qué te quedas tan inmóvil bajo la sombra del árbol?

—Mis pies están lánguidos por el peso de mi corazón, y permanezco inmóvil en la sombra. —¡Ah, qué vergüenza! —Bueno, algunos marchan en su camino y otros se demoran, algunos son libres y otros están encadenados, y mis pies están lánguidos por el peso de mi corazón.

## 26

—Lo que viene de tus manos generosas lo tomo. No pido nada más.

—Sí, sí, te conozco, modesto mendigo: pides todo lo que uno posee.

—Si hay una flor suelta para mí, la llevaré en el corazón. —¿Y si tuviera espinas? —Las soportaré. —Sí, sí, te conozco, modesto mendigo: pides todo lo que uno posee.

—Si tan solo una vez levantas tus ojos amorosos hacia mi rostro, harías mi vida dulce más allá de la muerte. —¿Y si solo hubiera miradas crueles? —Las guardaré atravesando mi corazón. —Sí, sí, te conozco, modesto mendigo: pides todo lo que uno posee.

## 27

—Confía en el amor aunque traiga melancolía. No cierres tu corazón. —Ah, no, amigo mío, tus palabras son oscuras, no puedo comprenderlas.

—El corazón existe solo para entregarse con una lágrima y una canción, amor mío. —Ah, no, amigo mío, tus palabras son oscuras, no puedo comprenderlas.

—El placer es frágil como una gota de rocío: mientras ríe, muere. Pero el dolor es fuerte y duradero. Deja que el amor melancólico despierte en tus ojos. —Ah, no, amigo mío, tus palabras son oscuras, no puedo comprenderlas.

—El loto florece a la vista del sol y pierde todo lo que tiene. No se quedaría en capullo bajo la eterna bruma del invierno. —Ah, no, amigo mío, tus palabras son oscuras, no puedo comprenderlas.

## 28

Tus ojos inquisidores están tristes. Buscan conocer mi significado como la luna intentaría sondear el mar. He desnudado mi vida ante tus ojos de un extremo a otro, sin ocultar ni reservarme nada. Por eso no me conoces. Si fuera solo una gema, podría romperla en cien pedazos y ensartarlos en una cadena para ponerla en tu cuello. Si fuera solo una flor, redonda, pequeña y dulce, podría arrancarla de su tallo para adornar tu cabello. Pero es un corazón, amada mía. ¿Dónde están sus orillas y su fondo? No conoces los límites de este reino, y sin embargo eres su reina. Si fuera solo un momento de placer, florecería en una sonrisa fácil, y podrías verlo y leerlo en un instante. Si fuera meramente un dolor, se derretiría en lágrimas límpidas, reflejando su secreto más íntimo sin una palabra. Pero es amor, amada mía. Su placer y su dolor son infinitos, y eternas sus carencias y sus riquezas. Está tan cerca de ti como tu propia vida, pero nunca podrás conocerlo por completo.

## 29

¡Háblame, amor mío! Dime con palabras lo que cantabas. La noche es oscura. Las estrellas se pierden en las nubes. El viento suspira entre las hojas. Me soltaré el cabello. Mi manto azul se ceñirá a mí como la noche. Estrecharé tu cabeza contra mi pecho; y allí, en la dulce soledad, murmuraré sobre tu corazón. Cerraré los ojos y escucharé. No miraré tu rostro. Cuando tus palabras hayan terminado, nos quedaremos quietos y en silencio. Solo los árboles susurrarán en la oscuridad. La noche palidecerá. El alba despuntará. Nos miraremos a los ojos y tomaremos caminos

diferentes. ¡Háblame, amor mío! Dime con palabras lo que cantabas.

### 30

Eres la nube de la tarde que flota en el cielo de mis sueños. Te pinto y te modelo siempre con mis anhelos de amor. ¡Eres mía, eres mía, habitante de mis infinitos sueños!

Tus pies están de un rojo encendido por el resplandor del deseo de mi corazón, ¡recolectora de mis canciones del ocaso! Tus labios son agridulces con el sabor de mi vino de dolor. ¡Eres mía, eres mía, habitante de mis solitarios sueños!

Con la sombra de mi pasión he oscurecido tus ojos, ¡moradora de las profundidades de mi mirada! Te he atrapado y te he envuelto, amor mío, en la red de mi música. ¡Eres mía, eres mía, habitante de mis sueños inmortales!

### 31

Mi corazón, ave de la naturaleza, ha encontrado su cielo en tus ojos. Ellos son la cuna de la mañana, son el reino de las estrellas. Mis canciones se pierden en sus profundidades. Déjame tan solo remontar el vuelo en ese cielo, en su solitaria inmensidad. Déjame tan solo surcar sus nubes y desplegar las alas bajo su luz del sol.

### 32

Dime si todo esto es verdad, amado mío, dime si es verdad. Cuando estos ojos destellan sus relámpagos, las oscuras nubes de tu pecho responden tormentosas. ¿Es verdad que mis labios son dulces como el capullo que se abre al primer amor consciente? ¿Perduran en mis miembros los recuerdos de los meses de mayo desvanecidos? ¿Acaso la tierra, como un arpa, se estremece en canciones con el roce de mi caminar? ¿Es entonces verdad que las gotas de rocío caen de los ojos de la noche cuando me ven, y la luz de la mañana se alegra cuando envuelve mi cuerpo? ¿Es verdad, es verdad, que tu amor viajó solo a través de las edades y los mundos

en mi busca? ¿Que cuando al fin me encontraste, tu deseo de siglos halló una paz absoluta en mis dulces palabras, en mis ojos, en mis labios y en mi cabello fluido? ¿Es entonces verdad que el misterio de lo Infinito está escrito en esta pequeña frente mía? Dime, amado mío, si todo esto es verdad.

### 33

Te amo, amada. Perdona mi amor. Como un pájaro que pierde su camino, he quedado atrapado. Cuando mi corazón se estremeció, perdió su velo y quedó al desnudo. Cúbrelo con piedad, amada, y perdona mi amor.

Si no puedes amarme, amada, perdona mi dolor. No me mires de soslayo desde la distancia. Me retiraré sigilosamente a mi rincón y me sentaré en la oscuridad. Con ambas manos cubriré mi desnuda vergüenza. Aparta tu rostro de mí, amada, y perdona mi dolor.

Si me amas, amada, perdona mi alegría. Cuando mi corazón sea arrastrado por el torrente de la felicidad, no te sonrías de mi peligroso abandono. Cuando me sienta en mi trono y te gobierne con mi tiranía de amor, cuando como una diosa te conceda mi favor, soporta mi orgullo, amada, y perdona mi alegría.

### 34

No te marches, amor mío, sin pedirme licencia. He velado toda la noche y ahora mis ojos están pesados por el sueño. Temo perderte mientras duermo. No te marches, amor mío, sin pedirme licencia. Me sobresalto y estiro las manos para tocarte. Me pregunto: «¿Es un sueño?». ¡Si pudiera tan solo enredar tus pies con mi corazón y sujetarlos firmemente contra mi pecho! No te marches, amor mío, sin pedirme licencia.

### 35

Para que no te conozca demasiado fácilmente, juegas conmigo. Me ciegas con destellos de risa para ocultar tus lágrimas. Conozco, conozco tu arte. Nunca dices la palabra que desearías.

Para que no te valore menos, me eludes de mil maneras. Para que no te confunda con la multitud, te mantienes apartada. Conozco, conozco tu arte. Nunca caminas por el sendero que desearías. Tu exigencia es mayor que la de los demás, por eso guardas silencio. Con juguetona indiferencia evitas mis obsequios. Conozco, conozco tu arte. Nunca tomarás lo que desearías.

## 36

Él susurró: «Amor mío, levanta los ojos». Le reprendí con dureza y le dije: «¡Vete!»; pero no se movió. Se plantó ante mí y me tomó ambas manos. Le dije: «¡Déjame!»; pero no se marchó. Acercó su rostro a mi oído. Lo miré de reojo y dije: «¡Qué vergüenza!»; pero no se retiró. Sus labios rozaron mi mejilla. Temblé y dije: «Te atreves demasiado»; pero no sintió vergüenza. Me puso una flor en el cabello. Le dije: «¡Es inútil!»; pero permaneció impasible. Me quitó la guirnalda del cuello y se marchó. Lloro y le pregunto a mi corazón: «¿Por qué no regresa?».

## 37

¿Querrías poner tu guirnalda de flores frescas en mi cuello, hermosa? Pero debes saber que la única guirnalda que yo había tejido es para la multitud, para aquellos a quienes se vislumbra apenas, o habitan en tierras inexploradas, o viven en las canciones de los poetas.

Es demasiado tarde para pedir mi corazón a cambio del tuyo. Hubo un tiempo en que mi vida era como un capullo: todo su perfume estaba guardado en su entraña. Ahora está derrochado a lo largo y a lo ancho. ¿Quién conoce el sortilegio que pueda reunirlo y encerrarlo de nuevo? Mi corazón no es mío para entregarlo a una sola; está entregado a la multitud.

## 38

Amor mío, una vez tu poeta emprendió una gran epopeya en su mente. ¡Ay!, no fui cauteloso, y chocó contra tus sonoras tobilleras y

se fue a pique. Se desbarató en pedazos de canciones y quedó esparcida a tus pies. Todo mi cargamento de historias de antiguas guerras fue sacudido por las olas risueñas, se empapó en lágrimas y se hundió. Debes repararme esta pérdida, amor mío. Si mis derechos a una fama inmortal tras la muerte se han hecho añicos, hazme inmortal mientras viva. Y no lamentaré mi pérdida ni te culparé.

## 39

Intento tejer una guirnalda durante toda la mañana, pero las flores resbalan y se caen. Te sientas ahí a observarme en secreto desde el rincón de tus ojos curiosos. Pregúntales a esos ojos que traman travesuras en la sombra de quién fue la culpa.

Intento entonar una canción, pero en vano. Una sonrisa oculta tiembla en tus labios; pregúntale a ella el motivo de mi fracaso. Que tus labios sonrientes declaren bajo juramento cómo mi voz se perdió en el silencio como una abeja ebria en el loto.

Es la tarde, y llega el momento de que las flores cierren sus pétalos. Concédeme licencia para sentarme a tu lado, y ordena a mi boca que haga el trabajo que puede realizarse en silencio y bajo la tenue luz de las estrellas.

## 40

Una sonrisa de incredulidad revolotea en tus ojos cuando me acerco a ti para despedirme. Lo he hecho tantas veces que piensas que no tardaré en regresar. A decir verdad, yo tengo la misma duda en mi mente. Pues los días de primavera regresan una vez tras otra; la luna llena se despide y vuelve en una nueva visita; las flores retornan y se encienden en sus ramas año tras año, y es probable que yo me despida solo para volver a ti de nuevo. Pero mantén la ilusión por un momento; no la deseches con áspera prisa. Cuando te diga que te dejo para siempre, acéptalo como verdad y deja que una neblina de lágrimas oscurezca por un instante el borde sombrío de tus ojos. Luego sonrío con tanta picardía como quieras cuando regrese.

## 41

Anhelo decirte las palabras más profundas que tengo que decirte; pero no me atrevo, por miedo a que te rías. Por eso me río de mí mismo y destrozo mi secreto en bromas. Le quito importancia a mi dolor por temor a que lo hagas tú.

Anhelo decirte las palabras más verdaderas que tengo que decirte; pero no me atrevo, temiendo que no las creas. Por eso las disfrazo de falsedad, diciendo lo contrario de lo que siento. Hago que mi dolor parezca absurdo por temor a que lo hagas tú.

Anhelo usar las palabras más preciosas que tengo para ti; pero no me atrevo, temiendo no recibir el mismo valor a cambio. Por eso te llamo con dureza y me jacto de mi fuerza implacable. Te hiero por temor a que nunca conozcas dolor alguno.

Anhelo sentarme en silencio junto a ti; pero no me atrevo, por si mi corazón se me escapa por los labios. Por eso parloteo y charlo con ligereza y oculto mi corazón detrás de las palabras. Trato con rudeza mi dolor por temor a que lo hagas tú.

Anhelo alejarme de tu lado; pero no me atrevo, por miedo a que descubras mi cobardía. Por eso llevo la cabeza alta y me presento ante ti con indiferencia. Las constantes estocadas de tus ojos mantienen mi dolor fresco para siempre.

## 42

¡Oh, loco, magníficamente ebrio! Si abres tus puertas a patadas y haces el tonto en público; Si vacías tu bolsa en una noche y te burlas de la prudencia; Si caminas por senderos extraños y juegas con cosas inútiles; Sin hacer caso a la rima ni a la razón; Si desplegando tus velas ante la tormenta rompes el timón en dos, Entonces te seguiré, camarada, me embriagaré y me echaré a perder.

He malgastado mis días y mis noches en compañía de vecinos juiciosos y formales. El mucho saber ha vuelto gris mi cabello y la mucha vigilancia ha nublado mi vista. Durante años he reunido y acumulado recortes y fragmentos de cosas; Traspásalos, danza

sobre ellos y dispérsalos todos a los vientos. Pues sé que es la cumbre de la sabiduría embriagarse y echarse a perder.

Que desaparezcan todos los escrúpulos tortuosos, que pierda mi camino sin remedio. Que una ráfaga de salvaje vértigo venga y me arranque de mis anclas. El mundo está poblado de personas dignas y trabajadoras, útiles y listas. Hay hombres que son los primeros con facilidad, y hombres que los siguen con decencia. Que sean felices y prosperen, y déjenme a mí ser tontamente fútil. Pues sé que el fin de todas las obras es embriagarse y echarse a perder.

Juro renunciar en este mismo instante a todo derecho a las filas de la gente decente. Dejo ir mi orgullo por el saber y mi juicio sobre lo justo y lo injusto. Destrozaré la vasija de la memoria, derramando la última gota de lágrimas. Con la espuma del vino rojo como la mora bañaré y avivaré mi risa. Rasgaré en jirones por esta vez el distintivo de los civiles y moderados. Tomaré el voto sagrado de no valer nada, de embriagarme y echarme a perder.

## 43

No, amigos míos, nunca seré un asceta, por más que digáis. Nunca seré un asceta si ella no toma el voto conmigo. Es mi firme resolución que si no puedo encontrar un refugio sombreado y una compañera para mi penitencia, nunca me convertiré en asceta.

No, amigos míos, nunca dejaré mi hogar y mi lumbre para retirarme a la soledad del bosque, si no resuena una risa alegre en su sombra floreciente y si el extremo de ningún manto de azafrán ondea al viento; si su silencio no se hace más profundo con suaves susurros. Nunca seré un asceta.

## 44

Reverendo señor, perdone a este par de pecadores. Los vientos de primavera soplan hoy en salvajes remolinos, arrastrando el polvo y las hojas muertas, y con ellos todas sus lecciones se han perdido. No diga, padre, que la vida es vanidad. Pues hemos hecho tregua con la muerte por una vez, y solo por unas pocas horas fragantes los dos nos hemos vuelto inmortales.

Incluso si el ejército del rey viniera y cayera ferozmente sobre nosotros, sacudiríamos tristemente la cabeza y diríamos: «Hermanos, nos estáis interrumpiendo. Si debéis tener este juego ruidoso, id a hacer restallar vuestras armas a otra parte. Puesto que solo por unos breves momentos nos hemos vuelto inmortales». Si gentes amistosas vinieran y se congregaran a nuestro alrededor, nos inclinaríamos humildemente ante ellas y diríamos: «Esta extravagante buena fortuna es un embarazo para nosotros. El espacio es escaso en el cielo infinito donde habitamos. Pues en la época primaveral las flores acuden en multitudes y las laboriosas alas de las abejas se empujan unas a otras. Nuestro pequeño cielo, donde habitamos solo nosotros dos inmortales, es demasiado absurdamente estrecho».

## 45

A los invitados que deben marcharse, deseades buen viaje y borrad todo rastro de sus pasos. Estrechad contra vuestro pecho con una sonrisa lo que es fácil, sencillo y cercano. Hoy es el festival de los fantasmas que no saben cuándo mueren. Que vuestra risa sea solo una alegría sin sentido, como los destellos de luz sobre las ondas. Que vuestra vida dance ligeramente en los bordes del Tiempo, como el rocío en la punta de una hoja. Arrancad de vuestra arpa acordes de ritmos momentáneos y caprichosos.

## 46

Me dejaste y seguiste tu camino. Pensé que guardaría luto por ti y que colocaría tu imagen solitaria en mi corazón esculpida en una canción de oro. Pero ¡ay, mi mala fortuna!, el tiempo es corto. La juventud se marchita año tras año; los días de primavera son fugitivos; las frágiles flores mueren por nada, y el sabio me advierte que la vida no es sino una gota de rocío en la hoja del loto. ¿Debería descuidar todo esto para mirar detrás de alguien que me ha dado la espalda? Eso sería rudo y necio, porque el tiempo es corto.

Venid, entonces, mis noches de lluvia con pies que tamborilean; sonríe, mi otoño dorado; ven, abril descuidado, esparciendo tus besos por doquier. ¡Ven tú, y tú, y tú también! Amores míos, sabéis que somos mortales. ¿Es sensato romperle el corazón a uno por aquella que se lleva su corazón? Porque el tiempo es corto. Es dulce sentarse en un rincón a meditar y escribir en rimas que sois todo mi mundo. Es heroico abrazar el propio dolor y determinarse a no ser consolado. Pero un rostro fresco asoma por mi puerta y levanta sus ojos hacia los míos. No puedo sino enjugar mis lágrimas y cambiar la melodía de mi canción. Porque el tiempo es corto.

47

Si así lo deseas, pondré fin a mi canto. Si hace que tu corazón se estremezca, apartaré mis ojos de tu rostro. Si te sobresalta de repente en tu caminar, me haré a un lado y tomaré otro sendero. Si te confunde al tejer tus flores, evitaré tu jardín solitario. Si vuelve el agua caprichosa y salvaje, no remaré mi barca junto a tu orilla.

48

¡Líbrame de las ligaduras de tu dulzura, amor mío! No más de este vino de besos. Esta niebla de denso incienso asfixia mi corazón. Abre las puertas, deja espacio para la luz de la mañana. Estoy perdido en ti, envuelto en los pliegues de tus caricias. Líbrame de tus hechizos y devuélveme la hombría para ofrecerte mi corazón liberado.

49

Sostengo sus manos y la estrecho contra mi pecho. Intento colmar mis brazos con su belleza, saquear su dulce sonrisa con besos, beber sus miradas oscuras con mis ojos. Ah, pero ¿dónde está? ¿Quién puede exprimir el azul del cielo? Intento asir la belleza; me elude, dejando solo el cuerpo en mis manos. Frustrado y fatigado

regreso. ¿Cómo puede el cuerpo tocar la flor que solo el espíritu puede acariciar?

50

Amor, mi corazón anhela día y noche el encuentro contigo; el encuentro que es como la muerte devoradora. Arrástrame como una tormenta; toma todo lo que tengo; rompe mi sueño y saquea mis ensueños. Róbame mi mundo. En esa devastación, en la absoluta desnudez del espíritu, hagámonos uno en la belleza. ¡Ay de mi vano deseo! ¿Dónde está esta esperanza de unión sino en ti, Dios mío?

51

Termina, pues, la última canción y marchémonos. Olvida esta noche cuando la noche ya no exista. ¿A quién intento estrechar en mis brazos? Los sueños nunca pueden ser hechos cautivos. Mis manos ansiosas estrechan el vacío contra mi corazón y me hiere el pecho.

52

¿Por qué se apagó la lámpara? La cubrí con mi manto para salvarla del viento, por eso se apagó la lámpara.

¿Por qué se marchitó la flor? La estreché contra mi corazón con amor ansioso, por eso se marchitó la flor.

¿Por qué se secó el arroyo? Le puse una presa para tenerlo para mi uso, por eso se secó el arroyo.

¿Por qué se rompió la cuerda del arpa? Intenté forzar una nota que superaba su poder, por eso se ha roto la cuerda del arpa.

53

¿Por qué me pones en vergüenza con una mirada? No he venido como un mendigo. Solo durante una hora pasajera permanecí al fondo de tu patio, fuera del seto del jardín. ¿Por qué me pones en vergüenza con una mirada?

Ni una rosa recogí de tu jardín, ni un fruto arranqué. Humildemente busqué cobijo bajo la sombra del camino, donde cualquier viajero

extraño puede detenerse. Ni una rosa arranqué.

Sí, mis pies estaban cansados y cayó un aguacero. Los vientos clamaban entre las movedizas ramas del bambú. Las nubes corrían por el cielo como si huyeran de la derrota. Mis pies estaban cansados.

No sé qué pensabas de mí ni a quién esperabas a tu puerta. Los destellos de los relámpagos deslumbraban tus ojos vigilantes.

¿Cómo iba a saber que podías verme allí donde yo estaba en la oscuridad? No sé qué pensabas de mí.

El día ha terminado y la lluvia ha cesado por un momento. Dejo la sombra del árbol al fondo de tu jardín y este asiento sobre la hierba. Ha oscurecido; cierra tu puerta; sigo mi camino. El día ha terminado.

## 54

¿A dónde te apresuras con tu cesta esta tarde tardía, cuando las compras han terminado? Todos han regresado a casa con sus cargas; la luna asoma por encima de los árboles de la aldea. Los ecos de las voces que llaman al transbordador corren por el agua oscura hasta la ciénaga distante donde duermen los patos salvajes.

¿A dónde te apresuras con tu cesta cuando las compras han terminado?

El sueño ha puesto sus dedos sobre los ojos de la tierra. Los nidos de los cuervos se han silenciado, y los murmullos de las hojas de bambú callan. Los labradores, de regreso de sus campos, extienden sus esteras en los patios. ¿A dónde te apresuras con tu cesta cuando las compras han terminado?

## 55

Era mediodía cuando te marchaste. El sol estaba fuerte en el cielo. Yo había terminado mi trabajo y estaba sentada sola en mi balcón cuando te marchaste.

Ráfagas caprichosas venían aventando los aromas de muchos campos distantes. Las palomas arrullaban incansables en la sombra, y una abeja se extravió en mi habitación zumbando las noticias de muchos campos distantes.

La aldea dormía bajo el calor del mediodía. El camino yacía desierto. En arrebatos repentinos, el crujido de las hojas se elevaba y moría. Miraba fijamente al cielo y tejía en el azul las letras de un nombre que había conocido, mientras la aldea dormía bajo el calor del mediodía.

Había olvidado trenzar mi cabello. La brisa lánguida jugaba con él sobre mi mejilla. El río corría sereno bajo la orilla sombreada. Las perezosas nubes blancas no se movían. Había olvidado trenzar mi cabello.

Era mediodía cuando te marchaste. El polvo del camino estaba ardiente y los campos jadeaban. Las palomas arrullaban entre las densas hojas. Yo estaba sola en mi balcón cuando te marchaste.

## 56

Yo era una entre muchas mujeres ocupadas en las oscuras tareas diarias del hogar. ¿Por qué me elegiste a mí y me apartaste del fresco refugio de nuestra vida común?

El amor no expresado es sagrado. Brilla como gemas en la penumbra del corazón oculto. A la luz del día curioso, parece lastimosamente oscuro. Ah, rompiste la cubierta de mi corazón y arrastraste mi amor tembloroso a la plaza pública, destruyendo para siempre el rincón sombreado donde escondía su nido.

Las otras mujeres siguen siendo las mismas de siempre. Nadie ha asomado a su ser más íntimo, y ellas mismas no conocen su propio secreto. Ligeramente sonríen, y lloran, charlan y trabajan.

Diariamente van al templo, encienden sus lámparas y traen agua del río.

Esperaba que mi amor se salvara de la vergüenza temblorosa de los desamparados, pero tú apartas el rostro. Sí, tu camino se abre ante ti, pero has cortado mi regreso, y me has dejado desnudada ante el mundo con sus ojos sin párpados mirando noche y día.

## 57

¡Arranqué tu flor, oh, mundo! La estreché contra mi corazón y la espina me pinchó. Cuando el día declinó y oscureció, descubrí que

la flor se había marchitado, pero el dolor permanecía.  
Más flores vendrán a ti con perfume y orgullo, oh, mundo. Pero mi tiempo de recoger flores ha terminado, y a lo largo de la noche oscura no tengo mi rosa, solo el dolor permanece.

## 58

Una mañana, en el jardín de flores, una niña ciega vino a ofrecirme una cadena de flores al abrigo de una hoja de loto. Me la puse alrededor del cuello y las lágrimas acudieron a mis ojos. La besé y le dije: «Eres ciega al igual que lo son las flores. Tú misma no sabes cuán hermoso es tu obsequio».

## 59

Oh, mujer, no eres meramente la obra de Dios, sino también de los hombres; estos te dotan siempre de belleza desde sus corazones. Los poetas tejen para ti una red con hilos de áureas imágenes; los pintores dan a tu forma una inmortalidad siempre nueva. El mar da sus perlas, las minas su oro, los jardines de verano sus flores para adornarte, para cubrirte, para hacerte más preciosa. El deseo de los corazones de los hombres ha derramado su gloria sobre tu juventud. Eres una mitad mujer y una mitad sueño.

## 60

En medio del torbellino y el rugido de la vida, oh, Belleza esculpida en piedra, permaneces muda y quieta, sola y apartada. El Gran Tiempo se sienta enamorado a tus pies y murmura: «¡Habla, háblame, amor mío; habla, novia mía!». ¡Pero tu palabra está encerrada en la piedra, oh, Belleza Inamovible!

## 61

Paz, corazón mío, deja que el momento de la partida sea dulce. Que no sea una muerte, sino una consumación. Que el amor se disuelva en memoria y el dolor en canciones. Que el vuelo a través del cielo termine en el plegado de las alas sobre el nido. Que el último toque

de tus manos sea suave como la flor de la noche. Detente un instante, oh, Hermoso Fin, y di tus últimas palabras en silencio. Me inclino ante ti y alzo mi lámpara para iluminar tu camino.

## 62

En el sendero brumoso de un sueño fui a buscar al amor que fue mío en una vida anterior.

Su casa se alzaba al final de una calle desolada. En la brisa de la tarde, su pavo real domesticado sesteaba en su percha, y las palomas guardaban silencio en su rincón.

Ella dejó su lámpara junto al portal y se plantó ante mí. Levantó sus grandes ojos hacia mi rostro y preguntó mudamente: «¿Estás bien, amigo mío?». Intenté responder, pero nuestro idioma se había perdido y olvidado.

Pensé y pensé; nuestros nombres no venían a mi mente. Las lágrimas brillaban en sus ojos. Me tendió su mano derecha. La tomé y permanecí en silencio.

Nuestra lámpara había parpadeado en la brisa de la tarde y se había apagado.

## 63

Viajero, ¿debes marcharte? La noche está quieta y la oscuridad se desploma sobre el bosque. Las lámparas brillan en nuestro balcón, las flores están frescas y los ojos juveniles siguen despiertos. ¿Ha llegado el momento de tu partida? Viajero, ¿debes marcharte?

No hemos atado tus pies con nuestros brazos suplicantes. Tus puertas están abiertas. Tu caballo aguarda ensillado a la entrada. Si hemos intentado cerrar tu paso, no ha sido sino con nuestras canciones. Si alguna vez intentamos retenerte, no fue sino con nuestros ojos. Viajero, somos impotentes para detenerte. Solo tenemos nuestras lágrimas.

¿Qué fuego inextinguible brilla en tus ojos? ¿Qué fiebre inquieta corre por tu sangre? ¿Qué llamada desde la oscuridad te apremia? ¿Qué terrible conjuro has leído entre las estrellas del cielo, para

que, con un sellado mensaje secreto, la noche entrara en tu corazón, silenciosa y extraña?

Si no te importan las reuniones alegres, si debes tener paz, corazón fatigado, apagaremos nuestras lámparas y silenciaremos nuestras arpas. Nos sentaremos quietos en la oscuridad entre el crujido de las hojas, y la luna cansada derramará pálidos rayos sobre tu ventana. Oh, viajero, ¿qué espíritu insomne te ha tocado desde el corazón de la medianoche?

## 64

Pasé mi día sobre el polvo abrasador del camino. Ahora, en el frescor de la tarde, llamo a la puerta de la posada. Está desierta y en ruinas. Un lúgubre árbol ashath extiende sus hambrientas raíces prensiles a través de las abiertas grietas de los muros.

Días hubo en que los caminantes venían aquí a lavar sus pies cansados. Extendían sus esteras en el patio a la tenue luz de la luna temprana, y se sentaban a hablar de tierras extrañas. Partían renovados por la mañana, cuando los pájaros los alegraban y las flores amistosas les tendían la cabeza desde el borde del camino. Pero ninguna lámpara encendida me esperaba cuando llegué aquí. Las manchas negras de hollín dejadas por muchas lámparas vespertinas olvidadas miran, como ojos ciegos, desde la pared. Las luciérnagas revolotean en el arbusto cerca del estanque seco, y las ramas de bambú arrojan sus sombras sobre el sendero cubierto de hierba. No soy huésped de nadie al final de mi día. La larga noche está ante mí, y estoy cansado.

## 65

¿Es esa tu llamada de nuevo? La tarde ha llegado. El cansancio se aferra a mí como los brazos de un amor suplicante. ¿Me llamas? Te había entregado todo mi día, cruel señora, ¿debes robarme también mi noche? En alguna parte hay un final para todo, y la soledad de la oscuridad es de uno mismo. ¿Debe tu voz desgarrarla y golpearla?

¿Acaso la tarde no tiene música de sueño ante tu puerta? ¿Acaso las estrellas de alas silenciosas nunca escalan el cielo por encima de tu torre despiadada? ¿Acaso las flores nunca caen al polvo en suave muerte en tu jardín?

¿Debes llamarme, tú, inquieta? Deja entonces que los tristes ojos del amor vigilen y lloren en vano. Deja que la lámpara arda en la casa solitaria. Deja que el transbordador lleve a los labradores fatigados a su hogar. Dejo atrás mis sueños y me apresuro a tu llamada.

## 66

Un loco vagabundo buscaba la piedra filosofal, con guedejas enredadas, leonadas y cargadas de polvo, el cuerpo reducido a una sombra, los labios apretados como las puertas cerradas de su corazón y sus ojos ardientes como la lámpara de una luciérnaga que busca a su pareja.

Ante él rugía el océano infinito. Las olas parlanchinas hablaban sin cesar de tesoros ocultos, burlándose de la ignorancia que no conocía mi significado. Tal vez ya no le quedaba esperanza, y sin embargo no descansaba, porque la búsqueda se había convertido en su vida; Al igual que el océano levanta por siempre sus brazos al cielo hacia lo inalcanzable; Al igual que las estrellas giran en círculos, buscando una meta que nunca podrá alcanzarse; Así, en la playa solitaria, el loco de guedejas leonadas y polvorientas vagaba aún en busca de la piedra filosofal.

Un día, un niño de la aldea se acercó y le preguntó: «Dime, ¿dónde has conseguido esa cadena de oro que llevas a la cintura?». El loco se sobresaltó: la cadena que antes era de hierro era verdaderamente de oro; no era un sueño, pero no sabía cuándo había cambiado. Se golpeó la frente con salvajismo: ¿dónde, oh, dónde había alcanzado el éxito sin saberlo? Se había convertido en un hábito recoger guijarros, tocar la cadena y arrojarlos sin mirar para ver si se había producido un cambio; así el loco encontró y perdió la piedra filosofal. El sol se hundía bajo en el oeste, el cielo era de oro. El loco regresó sobre sus pasos para buscar de nuevo el

tesoro perdido, con las fuerzas agotadas, el cuerpo encorvado y el corazón en el polvo, como un árbol desarraigado.

## 67

Aunque la tarde llega con pasos lentos y ha dado la señal para que cesen todos los cantos; Aunque tus compañeros se han ido a descansar y estás cansado; Aunque el miedo anida en la oscuridad y el rostro del cielo está velado; Sin embargo, pájaro, oh, pájaro mío, escúchame: no cierres tus alas.

Eso no es la penumbra de las hojas del bosque, eso es el mar que se hincha como una serpiente negra y oscura. Eso no es la danza del jazmín en flor, eso es espuma centelleante. Ah, ¿dónde está la verde orilla soleada?, ¿dónde está tu nido? Pájaro, oh, pájaro mío, escúchame: no cierres tus alas.

La noche solitaria se extiende a lo largo de tu camino, el alba duerme detrás de las colinas sombrías. Las estrellas contienen el aliento contando las horas, la débil luna surca la noche profunda.

Pájaro, oh, pájaro mío, escúchame: no cierres tus alas.

No hay esperanza, no hay miedo para ti. No hay palabra, ni susurro, ni clamor. No hay hogar, ni lecho para el descanso. Solo están tu propio par de alas y el cielo sin caminos. Pájaro, oh, pájaro mío, escúchame: no cierres tus alas.

## 68

Nadie vive para siempre, hermano, y nada dura mucho tiempo. Ten eso presente y regocíjate. Nuestra vida no es la misma vieja carga, nuestro camino no es la misma larga jornada. Un solo poeta no tiene que cantar una sola tonada envejecida. La flor se marchita y muere; pero quien lleva la flor no tiene que guardar luto por ella para siempre. Hermano, ten eso presente y regocíjate.

Debe llegar una pausa total para tejer la perfección en la música. La vida decae hacia su ocaso para ahogarse en las áureas sombras. El amor debe ser llamado de sus juegos para beber el dolor y ser llevado al cielo de las lágrimas. Hermano, ten eso presente y regocíjate.

Nos apresuramos a recoger nuestras flores para que no sean saqueadas por los vientos pasajeros. Aviva nuestra sangre y abrillanta nuestros ojos arrebatando besos que se desvanecerían si nos demoráramos. Nuestra vida es ansiosa, nuestros deseos son agudos, porque el tiempo dobla la campana de la partida. Hermano, ten eso presente y regocíjate.

No hay tiempo para que nos aferremos a una cosa, la aplastemos y la arrojemos al polvo. Las horas pasan rápidamente, ocultando sus sueños en sus faldas. Nuestra vida es corta; concede apenas unos pocos días para el amor. Si fuera para el trabajo y la penosa tarea, sería infinitamente larga. Hermano, ten eso presente y regocíjate.

La belleza nos es dulce porque danza al compás de la misma melodía fugaz de nuestras vidas. El conocimiento nos es precioso porque nunca tendremos tiempo de completarlo. Todo está hecho y terminado en el Cielo eterno. Pero las flores de la ilusión de la tierra se mantienen eternamente frescas gracias a la muerte. Hermano, ten eso presente y regocíjate.

## 69

Cazo el ciervo de oro. Podéis sonreír, amigos míos, pero yo persigo la visión que me elude. Corro por colinas y valles, vago por tierras sin nombre, porque estoy cazando el ciervo de oro. Venís, compráis en el mercado y regresáis a vuestros hogares cargados de mercancías, pero el sortilegio de los vientos vagabundos me ha tocado no sé cuándo ni dónde. No tengo preocupación alguna en el corazón; todas mis pertenencias las he dejado muy atrás. Corro por colinas y valles, vago por tierras sin nombre, porque estoy cazando el ciervo de oro.

## 70

Recuerdo un día de mi infancia en que hice flotar un barco de papel en la zanja. Era un día lluvioso de julio; estaba solo y feliz con mi juego. Hice flotar mi barco de papel en la zanja.

De repente, las nubes de tormenta se espesaron, los vientos soplaron en ráfagas y la lluvia cayó a cántaros. Arroyuelos de agua

lodosa corrieron, hincharon la corriente y hundieron mi barco. Amargamente pensé en mi mente que la tormenta había venido a propósito para estropear mi felicidad; toda su malicia era contra mí. El día nublado de julio es largo hoy, y he estado meditando sobre todos esos juegos de la vida en los que fui perdedor. Estaba culpando a mi destino por las muchas trampas que me tendió, cuando de repente recordé el barco de papel que se hundió en la zanja.

## 71

El día aún no ha terminado, la feria no ha concluido, la feria a la orilla del río. Había temido que mi tiempo se hubiera malgastado y mi último centavo se hubiera perdido. Pero no, hermano mío, todavía me queda algo. Mi destino no me ha despojado de todo. Las ventas y las compras han terminado. Todas las cuentas de ambas partes han sido recaudadas y es hora de que regrese a casa. Pero, guardián del portal, ¿pides tu peaje? No temas, todavía me queda algo. Mi destino no me ha despojado de todo. La calma en el viento amenaza tormenta, y las nubes bajas en el oeste no auguran nada bueno. El agua silenciosa espera al viento. Me apresuro a cruzar el río antes de que la noche me alcance. ¡Oh, barquero, quieres tu paga! Sí, hermano, todavía me queda algo. Mi destino no me ha despojado de todo. En el borde del camino, bajo el árbol, se sienta el mendigo. ¡Ay, me mira el rostro con una tímida esperanza! Piensa que soy rico con las ganancias del día. Sí, hermano, todavía me queda algo. My destino no me ha despojado de todo. La noche se oscurece y el camino se vuelve solitario. Las luciérnagas brillan entre las hojas. ¿Quién eres tú que me sigues con pasos sigilosos y silenciosos? ¡Ah, lo sé, es tu deseo robarme todas mis ganancias! ¡No te decepcionaré! Porque todavía tengo algo, y mi destino no me ha despojado de todo. A la medianoche llego a casa. Mis manos están vacías. Estás esperando con ojos ansiosos a mi puerta, insomne y silenciosa. Como un pájaro temeroso vuelas a mi pecho con amor ansioso. Sí,

sí, Dios mío, aún queda mucho. Mi destino no me ha despojado de todo.

## 72

Con días de duro esfuerzo levanté un templo. No tenía puertas ni ventanas, sus muros estaban densamente contruidos con piedras macizas. Olvidé todo lo demás, rehuí a todo el mundo, contemplé con arrobamiento la imagen que había colocado sobre el altar. Siempre era de noche en el interior, iluminado por las lámparas de aceite perfumado. El humo incesante del incienso envolvía mi corazón en sus pesadas volutas. Insomne, esculpía en los muros figuras fantásticas en líneas laberínticas y desconcertantes: caballos alados, flores con rostros humanos, mujeres con miembros como serpientes. No se dejó ningún pasaje por donde pudiera entrar el canto de los pájaros, el murmullo de las hojas o el zumbido de la laboriosa aldea. El único sonido que resonaba en su cúpula oscura era el de los conjuros que yo cantaba. Mi mente se volvió aguda y quieta como una llama puntiaguda, mis sentidos se desvanecieron en el éxtasis. No sabía cómo pasaba el tiempo hasta que el rayo golpeó el templo, y un dolor me atravesó el corazón. La lámpara parecía pálida y avergonzada; las esculturas de los muros, como sueños encadenados, miraban sin sentido a la luz como si quisieran esconderse. Miré la imagen del altar. La vi sonriente y viva con el toque viviente de Dios. La noche que yo había aprisionado había desplegado sus alas y desaparecido.

## 73

¡Las riquezas infinitas no son tuyas, mi paciente y morena madre tierra de polvo! Te esfuerzas por llenar las bocas de tus hijos, pero el alimento es escaso. El don de la alegría que tienes para nosotros nunca es perfecto. Los juguetes que haces para tus hijos son frágiles. No puedes satisfacer todas nuestras hambrientas esperanzas, pero ¿debería abandonarte por ello? Tu sonrisa, que está ensombrecida por el dolor, es dulce a mis ojos. Tu amor, que no conoce la plenitud, es querido para mi corazón. De tu pecho nos has

alimentado con vida, pero no con inmortalidad, por eso tus ojos están siempre desvelados. Durante edades trabajas con el color y el canto, y sin embargo tu cielo no está construido, sino solo su triste sugerencia. Sobre tus creaciones de belleza hay una neblina de lágrimas. Derramaré mis canciones en tu corazón mudo, y mi amor en tu amor. Te adoraré con el trabajo. He visto tu rostro tierno y amo tu polvo melancólico, Madre Tierra.

## 74

En la sala de audiencias del mundo, la simple brizna de hierba se sienta en la misma alfombra con el rayo de sol y las estrellas de la medianoche. Así mis canciones comparten sus asientos en el corazón del mundo con la música de las nubes y los bosques. Pero tú, hombre de riquezas, tu opulencia no participa de la grandeza sencilla del alegre oro del sol ni del templado fulgor de la luna meditabunda. La bendición del cielo que todo lo abarca no se derrama sobre ella. Y cuando aparece la muerte, palidece, se marchita y se desmorona en el polvo.

## 75

A la medianoche, el aspirante a asceta anunció: «Este es el momento de abandonar mi hogar y buscar a Dios. Ah, ¿quién me ha retenido tanto tiempo en la ilusión aquí?». Dios susurró: «Yo», pero los oídos del hombre estaban tapados. Con un bebé dormido a su pecho yacía su esposa, durmiendo pacíficamente en un lado de la cama. El hombre dijo: «¿Quiénes sois vosotras que me habéis engañado tanto tiempo?». La voz dijo de nuevo: «Ellos son Dios», pero él no la oyó. El bebé lloró en su sueño, acurrucándose cerca de su madre. Dios ordenó: «Detente, necio, no dejes tu hogar», pero aún así él no oyó. Dios suspiró y se lamentó: «¿Por qué mi siervo vaga para buscarme, abandonándome?».

## 76

La feria se celebraba ante el templo. Había llovido desde la mañana temprano y el día llegaba a su fin. Más brillante que toda la alegría de la multitud era la brillante sonrisa de una niña que compraba por un centavo un silbato de hoja de palma. La aguda alegría de ese silbato flotaba por encima de toda risa y ruido. Una multitud interminable de personas acudía y se empujaba. El camino estaba lodoso, el río desbordado, el campo bajo el agua por la lluvia incesante. Mayor que todos los contratiempos de la multitud era el contratiempo de un niño pequeño: no tenía ni un centavo para comprar un bastón pintado. Sus ojos melancólicos fijos en la tienda volvían tan lastimosa toda esta reunión de hombres.

## 77

El obrero y su esposa de las tierras del oeste están ocupados cavando para hacer ladrillos para el horno. Su pequeña hija va al embarcadero junto al río; allí no tiene fin su fregar y limpiar de ollas y sartenes. Su hermano pequeño, de cabeza rapada y miembros marrones, desnudos y cubiertos de lodo, la sigue y espera pacientemente en la alta orilla a sus órdenes. Ella regresa a casa con el cántaro lleno en equilibrio sobre la cabeza, la vasija de latón brillante en la mano izquierda, sosteniendo al niño con la derecha; ella, la diminuta sirvienta de su madre, grave con el peso de los cuidados domésticos.

Un día vi a este niño desnudo sentado con las piernas extendidas. En el agua, su hermana estaba frotando una vasija para beber con un puñado de tierra, dándole vueltas y más vueltas. Cerca de allí, un cordero de pelo suave permanecía mirando a lo largo de la orilla. Se acercó a donde estaba sentado el niño y de repente baló con fuerza, y la criatura se sobresaltó y gritó. Su hermana dejó de limpiar su vasija y acudió corriendo. Tomó a su hermano en un brazo y al cordero en el otro, y dividiendo sus caricias entre ellos unió en un solo vínculo de afecto a las crías de la bestia y del hombre.

78

Era en mayo. El bochornoso mediodía parecía infinitamente largo. La tierra seca se abría de sed bajo el calor. Cuando oí desde la orilla del río una voz que llamaba: «¡Ven, cariño!». Cerré mi libro y abrí la ventana para mirar hacia fuera. Vi un gran búfalo de piel manchada de lodo, de pie cerca del río con ojos plácidos y pacientes; y a un joven, con el agua por las rodillas, llamándolo a su baño. Sonreí divertido y sentí un toque de dulzura en el corazón.

79

A menudo me pregunto dónde se ocultan los límites del reconocimiento entre el hombre y la bestia cuyo corazón no conoce lenguaje hablado. Por qué paraíso primitivo, en una remota mañana de la creación, corría el sencillo sendero por el que sus corazones se visitaban mutuamente. Aquellas huellas de su constante caminar no se han borrado, aunque su parentesco se haya olvidado hace tiempo. Sin embargo, de repente, en alguna música sin palabras, el tenue recuerdo se despierta y la bestia mira el rostro del hombre con una tierna confianza, y el hombre contempla sus ojos con divertido afecto. Parece que los dos amigos se encuentran enmascarados y se conocen vagamente a través del disfraz.

80

Con una mirada de tus ojos podrías saquear toda la riqueza de las canciones arrancadas de las arpas de los poetas, ¡hermosa mujer! Pero para sus alabanzas no tienes oído, por eso vengo a alabarte. Podrías humillar a tus pies las cabezas más orgullosas del mundo. Pero es a tus seres amados, desconocidos para la fama, a quienes eliges adorar, por eso yo te adoro. La perfección de tus brazos añadiría gloria al esplendor real con su toque. Pero los usas para barrer el polvo y para limpiar tu humilde hogar, por eso me lleno de asombro.

## 81

¿Por qué susurras tan korreamente en mis oídos, oh, Muerte, mi Muerte? Cuando las flores decaen por la tarde y el ganado regresa a sus establos, te acercas sigilosamente a mi lado y pronuncias palabras que no comprendo. ¿Es así como debes cortejarme y ganarme, con el opiáceo de un murmullo somnoliento y besos fríos, oh, Muerte, mi Muerte?

¿No habrá una ceremonia orgullosa para nuestra boda? ¿No te atarás con una guirnalda tus leonadas trenzas enrolladas? ¿No hay nadie que lleve tu estandarte ante ti, y no se encenderá la noche con tus antorchas rojas, oh, Muerte, mi Muerte?

Ven con el sonar de tus caracolas, ven en la noche insomne. Vísteme con un manto carmesí, toma mi mano y llévame. Que tu carroza esté lista a mi puerta con tus caballos relinchando impacientes. ¡Levanta mi velo y mira mi rostro con orgullo, oh, Muerte, mi Muerte!

## 82

Vamos a jugar al juego de la muerte esta noche, mi novia y I. La noche es negra, las nubes en el cielo son caprichosas y las olas brama en el mar. Hemos dejado nuestro lecho de sueños, hemos abierto la puerta de par en par y hemos salido, mi novia y I. Nos sentamos en un columpio y los vientos de la tormenta nos dan un empujón salvaje desde atrás. Mi novia se sobresalta con miedo y deleite, tiembla y se aferra a mi pecho. Mucho tiempo la he servido con ternura. Le preparé un lecho de flores y cerré las puertas para apartar la ruda luz de sus ojos. La besé suavemente en los labios y le susurré korreamente al oído hasta que casi se desvaneció de languidez. Estaba perdida en la niebla interminable de una vaga dulzura. No respondía a mi contacto, mis canciones no lograban despertarla. Esta noche nos ha llegado la llamada de la tormenta desde la naturaleza. Mi novia se ha estremecido y se ha puesto en pie, ha tomado mi mano y ha salido. Su cabello vuela al viento, su velo se agita, su guirnalda cruje sobre su pecho. El empuje de la

muerte la ha lanzado a la vida. Estamos cara a cara y corazón a corazón, mi novia y I.

## 83

Ella habitaba en la ladera de la colina, al borde de un campo de maíz, cerca del manantial que fluye en riachuelos risueños a través de las solemnes sombras de árboles ancianos. Las mujeres venían allí a llenar sus jarros y los viajeros se sentaban allí a descansar y hablar. Ella trabajaba y soñaba diariamente al compás del arroyo burbujeante.

Una tarde, el extranjero descendió de la cumbre oculta por las nubes; sus guedejas estaban enredadas como serpientes somnolientas. Preguntamos con asombro: «¿Quién eres?». No respondió, sino que se sentó junto al arroyo parlanchín y miró fijamente en silencio la cabaña donde ella habitaba. Nuestros corazones temblaron de miedo y regresamos a casa cuando se hizo de noche.

A la mañana siguiente, cuando las mujeres vinieron a buscar agua al manantial junto a los deodaras, encontraron las puertas abiertas en su cabaña, pero su voz había desaparecido y ¿dónde estaba su rostro sonriente? El jarro vacío yacía en el suelo y su lámpara se había consumido en el rincón. Nadie sabía a dónde había huido antes de que fuera de mañana; y el extranjero se había marchado. En el mes de mayo, el sol se hizo fuerte y la nieve se derritió, y nos sentamos junto al manantial y lloramos. Nos preguntábamos en nuestra mente: «¿Habrá un manantial en la tierra a la que ha ido y donde pueda llenar su vasija en estos días calurosos y sedientos?». Y nos preguntábamos unos a otros con consternación: «¿Habrá una tierra más allá de estas colinas donde vivimos?».

Era una noche de verano; la brisa soplaba del sur; y yo estaba sentado en su habitación desierta donde la lámpara permanecía aún sin encender. Cuando, de repente, ante mis ojos las colinas desaparecieron como cortinas descorridas. «Ah, es ella quien viene. ¿Cómo estás, hija mía? ¿Eres feliz? Pero ¿dónde puedes cobijarte

bajo este cielo abierto? Y, ¡ay!, nuestro manantial no está aquí para calmar tu sed».

«Aquí está el mismo cielo —dijo ella—, solo que libre de las colinas que lo cercan; este es el mismo arroyo convertido en río; la misma tierra ensanchada en llanura». «Todo está aquí —suspiré—, solo que nosotros no estamos». Sonrió tristemente y dijo: «Estáis en mi corazón». Me desperté y oí el balbuceo del arroyo y el crujido de los deodaras en la noche.

## 84

Sobre los campos de arroz verdes y amarillos barren las sombras de las nubes de otoño seguidas por el sol de veloz persecución. Las abejas se olvidan de libar su miel; ebrias de luz, revolotean y zumban tontamente. Los patos en las islas del río claman de alegría por pura nadería. Que nadie regrese a casa, hermanos, esta mañana; que nadie vaya a trabajar. Tomemos el cielo azul por asalto y saqueemos el espacio mientras corremos. La risa flota en el aire como la espuma en la crecida. Hermanos, derrochemos nuestra mañana en canciones fútiles.

## 85

¿Quién eres tú, lector, que lees mis poemas cien años después? No puedo enviarte ni una sola flor de esta riqueza de la primavera, ni un solo rayo de oro de aquellas nubes. Abre tus puertas y mira hacia fuera. Desde tu jardín floreciente, recoge fragantes recuerdos de las flores desvanecidas de cien años antes. En la alegría de tu corazón, que puedas sentir la alegría viva que cantó una mañana de primavera, enviando su voz dichosa a través de cien años.